

Carmencita y los lirios acuáticos



UNIÓN EUROPEA

Escrito por
Ayansi Avendaño

Ilustrado por
Antonio Granillo Dubón

Página legal

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....



.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Carmencita y los lirios acuáticos

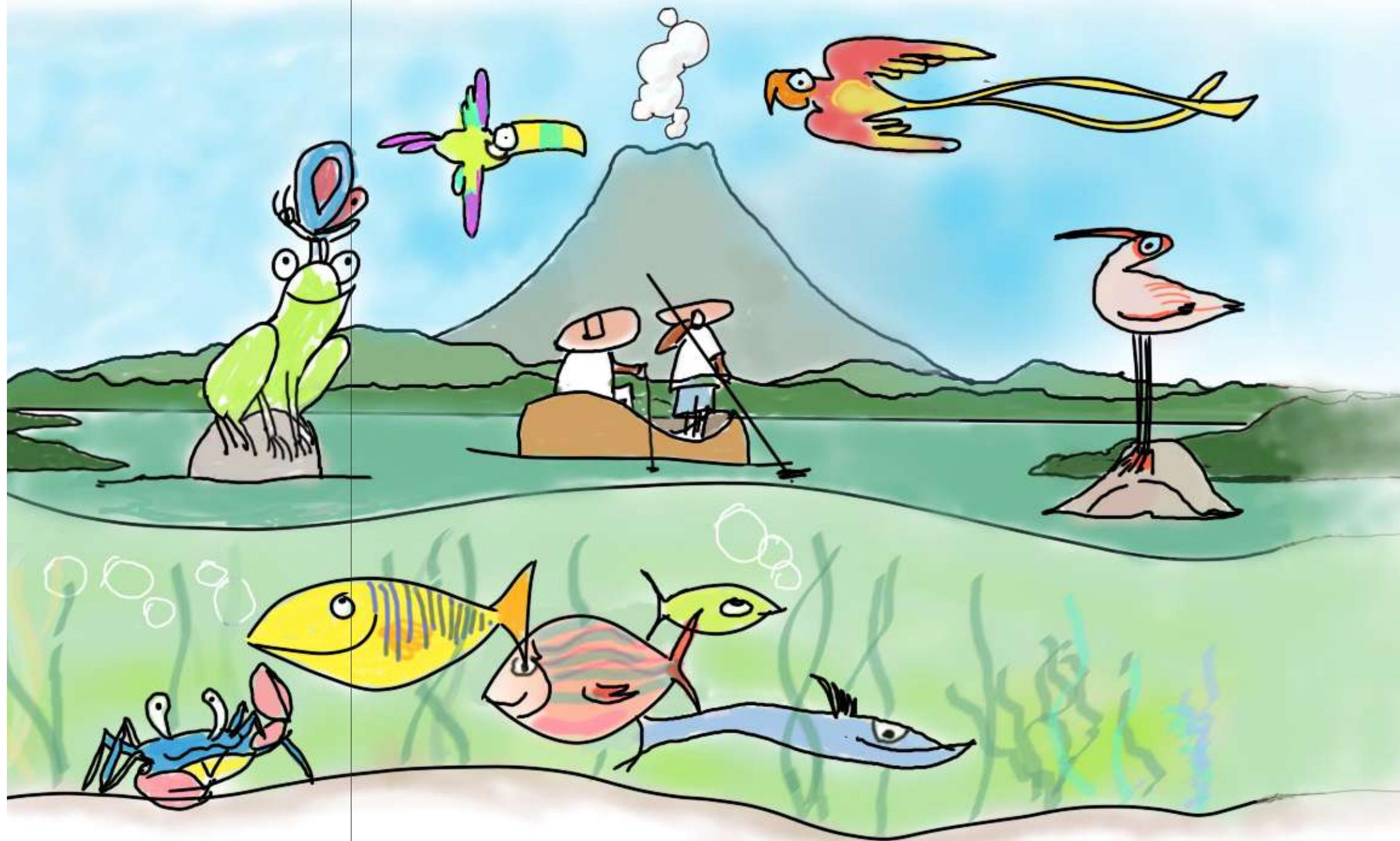


¿Alguna vez habías escuchado que se pueden mover las montañas?

Es difícil de creer, ¿verdad?, pero, ¡sí es posible! y te contaré cómo...

En el valle de la Laguna del Jocotal el sol brillaba intensamente para todas las criaturas que habitaban allí. Los árboles, las jugosas frutas, las florecitas silvestres, el plancton y las algas del agua que alimentaban a los peces, crecían por su deslumbrante luz. ¡Todo en el valle era vida!, incluso, la tierra respiraba hinchando su gran panza y exhalando ruidosamente el aire por la boca del volcán.

La vida alrededor del lago era siempre muy alegre y ajetreada, los abejorros trabajadores iban de aquí para allá con su ensordecedor zumbido. Los peces se deslizaban rápido alrededor de los destellos del sol que se reflejaban en sus aguas. En lo alto de los conacastes y de los nances, las guacalchías anidaban a sus polluelos. Hasta a las gigantonas de Jocoro, se les veía llegar a las dulces aguas del Jocotal.



Más allá en un rinconcito del amplio valle -a orillas del gran lago- vivían los Chikitic en una diminuta aldea. Don Refún, el más anciano, les contaba a los niños que sus antepasados habían nacido de una mazorca tostada por el sol y que, por eso, eran los más pequeños del valle.



En la aldea vivía una niña muy inquieta e ingeniosa llamada Carmencita, de cara colorada y rodillas llenas de raspones. A la niña le decían Pulgarcita, porque era la más pequeña de todos. Don Refun exclamaba todo el tiempo:

— ¡Qué niña tan traviesa! por qué no se queda en la cocina o se sienta a coser como las demás mujeres, en lugar de andar encaramada en los árboles—.

En la mente de Carmencita aquellos saltos y piruetas que hacía, no eran travesuras. Pulgarcita quería hacer muchas cosas más que aprender a coser o cocinar, por eso se trepaba en los árboles, para ver si a lo lejos se asomaba la cabeza de alguna giganta- de esas que dicen que vienen desde Jocoro- o probar subirse en la espalda de un veloz abejorro para saber a dónde se iban volando.



Una tarde -cansada de coser- comenzó a caminar sin pensar hacia dónde la llevaba el camino, escuchó un agudo llanto y se preguntó: -¿Quién llora así?- sin demora siguió caminando en dirección al lago de donde provenían los lamentos. Carmencita buscó por todos lados, hasta que se detuvo en la orilla. Inclino su cabeza y miró a un pequeño pez que lloraba amargamente. Carmencita, preocupada, le preguntó por qué estaba tan triste. El pececito le respondió:

— ¡No puedo ver debajo del agua, y casi no tenemos que comer!

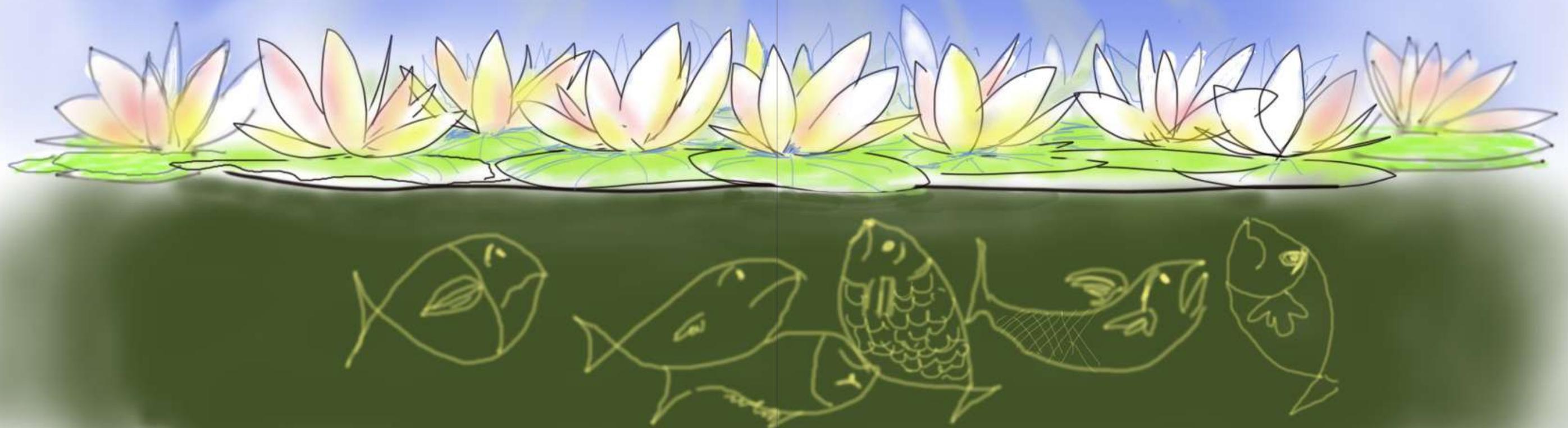
— ¿Se les acabó la comida?— preguntó, sorprendida, Carmencita.



El pecesito le contó a la niña que los lirios acuáticos se estaban comiendo el sol, extendiéndose sin control en la superficie del lago, por eso las algas y el plancton no podían crecer más.

— ¡Si no tenemos más el sol, la vida bajo el agua se acabará!—le dijo con tristeza el pez.

— ¡No te preocupes, vamos a encontrar una solución!— le respondió la valiente Carmencita. Pero sabía que ella sola no podría, no porque fuera pequeña o niña, sino porque había visto en el valle que las cosas salen mejor cuando varias manos trabajan unidas.



De pronto, un ruido entre las ramitas y hojas secas asustó a Carmencita y al pecesito. En un abrir y cerrar de ojos, de la aldea de los Chikitic: Ángel, Tere, Memo, Rogelio, Adela y Felipe salieron detrás de las plantas que los habían ocultado y, desde donde la habían estado observando, exclamaron:

— ¡Carmencita, nosotros podemos ayudar!— dijeron animosos los Chikitic.

Después de un largo rato pensando, tratando de resolver el problema del Lago, Tere, una niña Chikitic, saltó y dijo: — ¡Tengo una idea!— las caritas de todos se iluminaron de alegría, listos para llevar a cabo el ingenioso plan.

Seguro te preguntarás ¿cuál fue la idea que se le ocurrió a Tere?

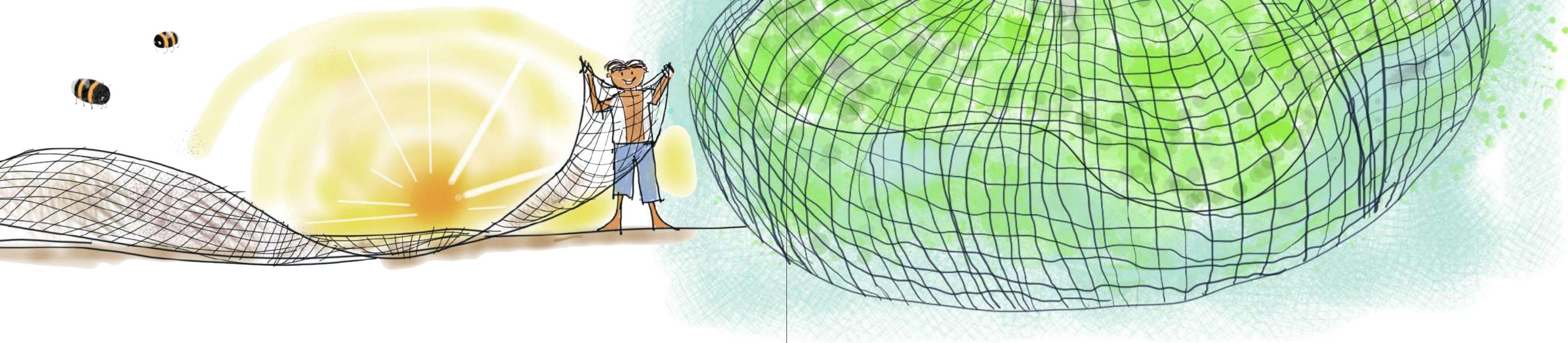




Bueno, era muy sencilla: entre todos tejían una gran red con la cual arrastrarían los lirios para sacarlos del agua. Así que, muy contentos, corrieron hasta la aldea, se metieron en sus casitas sigilosamente, sacaron los hilos y la lana que encontraron y regresaron a la orilla del lago, donde los esperaban Carmencita y el pecesito para iniciar la labor.

Los niños aprendieron a cocer con la ayuda de las niñas, porque todos tenían las mismas habilidades con sus manos. Así se dieron cuenta que no importaba su edad, si sabían cocer o no, si eran niñas o niños, ¡juntos podían hacer grandes cosas! Durante muchas horas todos pusieron su mayor empeño y cocieron y cocieron y cocieron...

Cuando los primeros rayos del sol se asomaron por el volcán, la red había sido terminada. La echaron en el lago donde los peces la tomaron por las esquinas y los abejorros curiosos se sumaron para extender la red desde lo alto. La alegría, las risas y los saltos de júbilo no se hicieron esperar, porque ¡estaban logrando arrastrar los lirios hacia la orilla!





Mientras tanto, en la aldea de los Chikitic, los adultos habían estado buscándolos con desesperación durante toda la noche, pero su angustia se calmó en cuanto los vieron a la mañana siguiente y, también, se sumaron a ayudar con sus balsas para sacar del agua la enorme montaña de lirios! que habían arrastrado con la red.

¿Qué crees que podrían hacer ahora con tantos lirios?

Todos estaban admirados por lo que habían logrado, luego de que Carmencita les contara cómo habían tejido la enorme red. De repente, Don Refún se puso de pie y dijo:

—Es momento que hombres y mujeres nos sentemos a cocer, porque algo tenemos que hacer con todos estos lirios—.

Así que pusieron a secar los lirios debajo del intenso sol y con las fibras que obtuvieron, tejieron enormes petates que las alegres gigantonas compraban para sus grandes chozas, allá por Jococho, de donde dicen que vienen. También, hicieron muchos canastos de tamaños distintos para recolectar las cosechas y construyeron una gran torre para subir a observar a los abejorros pasar.

FIN



Don Refún le contaba a Carmencita que cuando era cipote había ido con su abuelo hasta la lejana Sonsonate y ahí había conocido a una niña inquieta y decidida, que también movía montañas como ella. Carmencita, muy sorprendida, le respondió:

— ¡De veras Don Refún!, ¿cómo se llamaba?

— Su nombre era Carmen Brannon, pero después se llamó Claudia Lars.

